JOSÉ LUIS CASTILLO-PUCHE DE PRINCIPIO A FIN

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Resumen:

Este trabajo analiza la personalidad de José Luis Castillo-Puche, novelista de variadas técnicas narrativas, caracterizado por su búsqueda de renovadores procedimientos novelescos, su solidez estructural y su compromiso humano tanto desde el punto de vista individual como social.

Palabras claves: Narrativa española del Medio Siglo, novela social, novela existencial, Literatura española del siglo XX.

Abstract:

This paper studies José Luis Castillo-Puche's personality, a novelist of a variety of narrative techniques, characterised for his search of innovative narrative procedures, his structural solidity and his human commitment from an individual point of view as well as social.

Key words: Medio Siglo Spanish narrative, social novel, existential novel, Spanish Literature of the 20th century.

La figura de José Luis Castillo-Puche[1] surge, para la novela, en un momento crucial en la España de la posguerra. 1954 es un año decisivo, desde el punto de vista literario, porque en esa fecha nace una corriente renovadora de carácter objetivista para la narrativa española, que, sin embargo, no fue compartida por todos los jóvenes creadores. De la generación que aparece en los cincuenta, en lo que se ha denominado el medio siglo, habrá numerosas disidencias. Sólo habría que recordar, en el terreno del teatro, las personalidades de Alfonso Sastre y de Alfonso Paso, que llegan a la literatura en un mismo impulso renovador y casi revolucionario y que luego siguen caminos tan distintos, y tan distantes. Otra disidencia sonada, de la poesía realista y social de esta época, la constituirá el hoy tan justamente apreciado Carlos Bousoño, uno de los poetas más intensos de los últimos cincuenta años en España. La literatura española, por más que los críticos y los historiadores nos empeñemos en trazar uniformidades y generaciones que parecen tener los mismos intereses, es una literatura de grandes individualidades. Y una de ellas, en el campo de la novela del medio siglo, es José Luis Castillo-Puche, cuya primera novela publicada, *Con la muerte al hombro*, aparece en Madrid en 1954.

Gonzalo Sobejano ha señalado que "quienes, desde la interpretación crítica y la historia literaria, nos hemos ocupado de su personalidad y de su obra, podemos haberlo filiado a la generación de 1939 (con Camilo José Cela, Miguel Delibes, Elena Quiroga o Luis Romero, por mencionar sólo unos nombres), o podemos haberlo asociado a la de 1950 (junto a Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos o Ana María Matute)". Esto indica que Castillo-Puche es un escritor de amplio radio, no sujeto a una pauta inerte, sino abierto al clima cultural de una época histórica que en él influye y que él mismo coopera a promover. En su caso, cabe hablar de una evolución coherente desde el modelo de la novela "existencial" a la "social", y, desde ésta, a la novela poemática de signo "memorial" o "confesional", y tal actitud jamás al vaivén de las modas volubles, sino con sostenida coherencia.

Novelas existenciales serían las cuatro primeras, *Con la muerte al hombro*, de 1954; *Sin camino*, de 1956, pero escrita unos años antes; *El vengador*, de 1956; hasta *Hicieron partes*, de 1957. Novelas "sociales", atestiguadoras de un estado de cosas colectivo, serían *Paralelo 40,* de 1963, y *Jeremías el anarquista*, de 1975, crónicas del Madrid americanizado y del Nueva York de la ONU de los años setenta, respectivamente; novelas poemáticas, serían las que componen la trilogía de la liberación: *El libro de las visiones y de las apariciones,* de 1977, *El amargo sabor de la retama*, de 1979, y *Conocerás el poso de la nada*, de 1982. La liberación de que habla Castillo-Puche en todas sus novelas, nunca es la de una zona roja o azul, sino la del ser profundo respecto a todos los engaños que pudieron ofuscar su anhelo de verdad descubierta.

[1] Ponencia presentada en el Curso "La novela española contemporánea: su didáctica (Homenaje a José Luis Castillo-Puche)", Universidad de Murcia. Universidad Internacional del Mar, Yecla, septiembre, 2007.

Una primera etapa de su novelística estaría formada por sus tres narraciones de los cincuenta, con las que consigue abrirse camino en la novela española del Medio Siglo y mostrar sus cualidades de creador insólito preocupado por el individuo al que manifiesta en sus obras representándolo en su desnudez psicológica y confesional. *Sin camino, Con la muerte al hombro* y *El vengador* inauguran lo que San Villanueva denominó "una novelística fuertemente existencialista", que tendrá una prolongación en *Hicieron partes*, donde surgen unos nuevos planeamientos y situaciones, aunque alguno de los personajes quede emparentado con ellos en el propio enfrentamiento con el bien y la verdad. En todas estas novelas, la Guerra de España tiene, en diferente medida, un protagonismo directo o indirecto y tres de ellas nos permiten vivir las renuncias del conflicto en los individuos, no en la sociedad, de posguerra.

La primera novela de Castillo-Puche es *Sin camino* (1956), escrita en la década de los cuarenta y aparecida después de haberse publicado ya la segunda, *Con la muerte al hombro*. Relata en tercera persona las reflexiones del joven Enrique, estudiante de un seminario a punto de ser ordenado sacerdote. La experiencia autobiográfica salta a la vista, pero lo que interesa es el proceso de maduración de la disidencia en el personaje, que va advirtiendo que nada le interesa en el mundo en el que está a punto de ingresar definitivamente. La vida mezquina del Seminario, la dureza de los estudios, el comportamiento de los que a su alrededor circulan, son importantes, pero más lo son el mundo exterior y sus ofrecimientos, entre los que no están ausentes algunos aspectos de orden sexual.

La novela se desarrolla con fuerte efectividad y en la mente del futuro sacerdote se produce una lucha entre la razón y la fe, entre lo que él desea y lo que le obligan a desear. Al final, la deserción y el abandono componen la decisión más sensata, que en definitiva es la que toma el protagonista. Por primera vez, Castillo-Puche ha planteado una decisión que va a ser constante en su novela, lo que Gonzalo Sobejano ha denominado "el conflicto de la conciencia individual entre dos instancias".

Con la muerte al hombro (1954) es la más sobrecogedora de las novelas de Castillo-Puche, ya que la obra plantea lo que podríamos considerar el gran sentimiento de la muerte que estará presente en tantas novelas suyas. En la personalidad del protagonista (que ha experimentado vivencias coincidentes con las propias experiencias vitales del novelista) tendrá mucha importancia no sólo el hecho de que toda la familia ha muerto en circunstancias tremendas y a causa de la misma enfermedad, sino también en la naturaleza de su pueblo natal, Hécula, que transforma por la interpretación del personaje en un marco atroz presidido por la muerte.

La obra que podemos considerar, sin problema alguno, uno de los ejemplos más notables de la novela existencialista en España, se destaca por el obsesivo proceso de confesión y de autodestrucción del protagonista que encontrará la muerte de una forma absurda. Y, a partir de ese momento, con Yecla al fondo, como reflejo, como pasión y como reflexión, se desarrolla, imparable, toda la obra narrativa, novelística, de Castillo-Puche.

En *El vengador* (1956), el novelista vuelve a Hécula, pero ahora es final de la Guerra de España, para ofrecernos la llegada al pueblo de Luis, un alférez provisional que decide tomarse venganza de los que han matado a su madre y hermanos en la Hécula roja. Surge entonces un proceso de debilitación del personaje que no es capaz de llegar a tomar esa venganza enredándose en discusiones y borracheras que le van apartando de sus objetivos. De nuevo, Castillo-Puche nos ofrece un análisis de una individualidad atormentada ante un medio adverso, y confirma con esta tercera novela la firmeza de su narrativa existencial. La búsqueda de la pureza de los sentimientos y la indagación de la verdad une a este personaje con los de las dos novelas anteriores, Enrique y Julio.

Hicieron partes (1957) es una novela distinta, ya que en ella se plantea la codicia de una serie de personajes ante una herencia. Se trata, sin duda, de una de las novelas morales más claras de su autor, en la que se llega a la reconvención y al castigo de los que han obrado mal. Para Sobejano, la idea fundamental de la novela parece formularse en principio por los trastornos que en el destino de los hombres engendra el dinero no ganado por el propio esfuerzo. Sin embargo, lo esencial es la manifestación del problema de la vida egoísta y materialista frente a la verdad y la reconciliación con la Gracia (1975, 265).

La etapa se cierra con dos novelas atípicas en su trayectoria: *Paralelo 40* (1963) y *Oro blanco* (1963), que suponen prácticamente el abandono de su actividad que no se restablecerá ya hasta los años setenta. En un intento de renovar ambientes y escenarios, sitúa la primera en una zona concreta de Madrid donde viven soldados americanos que comparten su existencia con los delincuentes del barrio de Tetuán, mientras que la segunda trata de los pastores vascos de Idaho que luchan por su riqueza, por su oro blanco (la lana de las ovejas) partiendo de la documentación que personalmente había adquirido el autor en un viaje ex-profeso a Norteamérica.

A partir de los setenta, Castillo-Puche realiza un primer giro en su novelística y da a conocer la primera novela de su trilogía *El cíngulo* –que nunca llegó a completar–, con nuevas aportaciones a su narrativa, aunque sin un especial avance temático. En esta obra, *Como ovejas al matadero* (1971), se relata la ordenación sacerdotal de cuatro seminaristas en una mañana tórrida en la Murcia de julio de 1936. Los cuatro reproducen su vida, cuyos relatos y vivencias se intercalan con el ritual litúrgico de la ordenación y los cuatro muestran su decisión o indecisión, destacando la personalidad de Alfredo, que enloquece durante la ceremonia, víctima de su irrefrenable sexualidad.

Como vemos, nueva es la técnica, sobre todo por la presencia del dispositivo retardatario cuatripartito, pero no la temática, ya que aquí estamos de nuevo ante la ordenación sacerdotal –que esta vez sí se consuma–, y por tanto ante los problemas de los cuatro misacantanos. Algo diferente es *Jeremías el anarquista* (1975), con la que el autor nos traslada a EE.UU. y nos relata el proyecto de secuestro del embajador vaticano en la ONU. La figura central ahora es Jeremías, el anarquista supuesto que planea el secuestro para denunciar la connivencia de la iglesia española con

el poder. Surge de nuevo el tema de la Guerra Civil española –incluso evocada en una novela corta dentro de la novela– y, desde luego, la temática religiosa planteada desde nuevos ángulos.

Se incorporan escenarios novedosos como pueden ser Nueva York y las Naciones Unidas, que Castillo-Puche conoce por haber vivido allí, y se logra una novela, aunque demasiado larga, de intensa penetración psicológica, sobre todo en lo que se refiere al personaje principal. Así ha parecido a Antonio Crespo, cuando ha señalado que lo más singular del libro es el talante de su protagonista, al que conocemos por sus propias confesiones, puesto que se trata de un relato en primera persona. Jeremías aparece como un psicópata, obsesionado por una idea de destrucción, debido a su carácter resentido, envidioso, erróneamente justiciero; al final es víctima de su propia sed aniquiladora.

El cambio definitivo y el inicio de la gran renovación en Castillo-Puche, vienen, a partir de 1977, con la publicación de la "trilogía de la liberación", en la que el autor pretendió, desde el punto de vista del contenido, superar, en lo individual y en lo social, el clima de opresión sufrido por sus criaturas, y, desde el punto de vista formal, lograr la expresión libre, lo que consigue con la utilización de un monólogo interior combinado con relato en segunda persona, valiéndose de una técnica en espiral por medio de la cual vueltas y más vueltas van profundizando, como si de un berbiquí se tratase, en la psicología de los personajes. Con esta trilogía, Castillo-Puche recuperó para la novela española contemporánea el afán de renovación y un talante investigador, indagador de nuevas posibilidades absolutamente heroico, aventurero y llamativo en el ya maduro novelista yeclano.

La primera novela de la trilogía es *El libro de las visiones y las apariciones* (1977), que nos ofrece el mundo infantil del protagonista en un contexto de educación represiva y ligada a las tradiciones más supersticiosas y fantasmagóricas, pobladas de visiones y apariciones. En un contexto asfixiante y con un monólogo interior de gran lucidez y penetración, Castillo-Puche expresa el deseo, autobiográfico, de huir de aquellos demonios desde una perspectiva reciente embarcada en la liberación.

Surgen en el recuerdo personajes entrañables, como la madre, pero sobre todo personajes detestables y mezquinos como los tíos, Cayetano y Cirilo, que son los que más horror infunden al protagonista. El estilo desplegado por Castillo-Puche es muy directo y expresivo, desnudo y cohesionado, y los ambientes, con ser los mismos de su primera narrativa, adquieren nueva validez psicológica, convincente y apasionada.

Por su parte, *El amargo sabor de la retama* (1979) supone una profundización en técnicas y temas de la anterior novela, pero aquí es el mundo de la adolescencia el retratado entre el delirio y la pesadilla, otra vez con la presencia de Hécula, que ahora se ve mediatizada o disminuida en la fuerza tétrica de un remanso huertano de Murcia. Antonio Crespo ha señalado que la verdadera protagonista de la novela es el agua, tanto como necesidad vital bajo el control de un pequeño cacique, como

en la tormenta sobre Cieza, en la Huerta de Murcia, y finalmente en el manantial de la finca donde viven el protagonista y su madre. La novela vuelve a contener toda la fuerza de la espléndida memoria de Castillo-Puche, capaz de penetrar en los más recónditos escondrijos mentales de sus criaturas novelescas a través de la fuerza de sus penetrantes procedimientos narrativos.

La última novela de tan interesante trilogía es *Conocerás el poso de la nada* (1982), que supone el regreso a temas inquietantes que ya habían aparecido en los comienzos de la narrativa del autor, especialmente en *Con la muerte al hombro*, con la que es fácil relacionar algunos episodios. La novela es la más sólida de toda la trilogía tanto por los motivos básicos (la muerte de la madre, los horrores de la guerra) como por la depuración formal, ya que desde el punto de vista estilístico asistimos a una escritura claramente confesional, formada por párrafos de una gran fluidez, sin apenas interrupciones ni detenimientos. Antonio Crespo ha destacado en su estilo "un borbotón imparable, escrito en larguísimos párrafos, sin puntos, como si se tratase de una urgente confesión".

Un nuevo cambio experimenta la novelística de Castillo-Puche con *Los murciélagos no son pájaros* (1986), que nos devuelve el ambiente de alucinaciones y visiones, presencia del mundo de los sueños, complejo de culpa y, nuevamente, desnudez y espontaneidad en los procedimientos expresivos, que nos introducen una escritura reconstruida, desnuda, sin ataduras lógico-racionales, alucinante y emprendedora, comienzo de una nueva trilogía, inacabada, titulada *Bestias, hombres, ángeles*. Así se expresa en la penetración en el mundo interior del protagonista, un pintor que delata su homosexualidad latente y su complejo de culpa.

Para Gonzalo Sobejano los rasgos prominentes de la obra novelística de Castillo-Puche son estos tres: la sensualidad, el patetismo y la angustia metafísica. Entendiendo por sensualidad la tendencia a valorar y exaltar las sensaciones corpóreas (tacto, vista, olfato, oído, gusto), sobre todo al relacionarlas intensamente con la apetencia erótica, que no es sólo deseo de amar sino miedo a morir (o tal vez deseo de morir). Y considerando patetismo la capacidad de conmover el ánimo del otro infundiéndole con vehemencia afecto de alegría o tristeza, entusiasmo, terror, admiración o asco, que el propio sujeto ha de haber padecido antes y que, al expresarlos, habrán de impresionar al otro a la vez que a sí mismo, persuadiéndole mediante exclamaciones, repeticiones, hipérboles y un leguaje tan verbal como gestual. Y, por último, considerando angustia metafísica una inquietud que desde la conciencia reflexiva inunda al ser entero de la persona urgiéndiola a indagar en las causas primeras y últimas de la existencia: el porqué, el cómo y el para qué de todo.

Haciéndose eco de un viejo refrán popular, "Ir romera y volver ramera, le pasa a cualquiera", José Luis Castillo-Puche tituló su última novela, *Roma, ramera y romera* (2004), publicada, tras su muerte. Polémico, convulsivo, agudo en sus reflexiones, independiente de criterio, censurador de vicios y costumbres, espectador asombrado ante la fuerza imparable de Roma, dueño como tantas veces de un lenguaje profuso, detallista, vigoroso, de un estilo personal basado en la espontaneidad y en la acumulación, conduce al lector a una intensa reflexión sobre la religión, la

incredulidad, el enfrentamiento entre lo establecido y la verdadera y auténtica lectura del Evangelio, junto a una desgarradora meditación sobre el destino del hombre y el papel transformador y liberador del arte.

Para ello Castillo-Puche recupera un personaje de ficción, un pintor madrileño que viaja a Roma a pasar una temporada y reiniciar su obra artística. Allí coincide con la beatificación de un español muy polémico, que provoca el peregrinaje de una serie de personajes vinculados a la España más negra y retrograda, de oscuras pasiones sexuales, vicios inconfesables y ocultos. En su albergo romano coincide con un grupo de clérigos entre los que se encuentra Maldonado, personaje fundamental en la novela, que encarna los ideales de la teología de la liberación, de la nueva lectura del Evangelio de los pobres con la que el autor se identifica, frente a "un catolicismo trasnochado, paternalista y santurrón".

Fundamental en la obra es la presencia de Roma, la "meretriz más sabia del mundo", "el andurrial de las ambiciones más absolutas de Occidente", la "paradoja colosal", que se convierte en ciudad-símbolo, centro de las obsesiones del novelista, "ramera y romera", ante la que desarrolla su atracción y curiosidad, su rebeldía y pasión, además de un conocimiento milimétrico de espacios, calles, rincones y esquinas, malolientes lugares, barrios inseguros, mientras el Tíber inunda con su hedor los espacios de monumentos, columnas, iglesias, palacios y ruinas… El asombro urbano del novelista sobresale por encima de cualquier consideración negativa y la relación de amor-odio con la ciudad se convierte en una de las aportaciones definitivas de toda la obra.

No es esta novela un espacio aislado en la trayectoria de Castillo-Puche. Segunda entrega de su trilogía *Bestias, hombres, ángeles*, que no llegó a concluir, sigue a *Los murciélagos no son pájaros* (1986), de la que recupera al protagonista pintor que vivirá ahora una contradictoria relación amorosa con Lena, la empleada de una galería de arte, positivo proceso de autoencuentro y liberación, y también enlace estructural de los más interesantes episodios de la novela: albergo en el que conoce a los clérigos, galería de arte en la que consigue realizar su primera venta, con la que podrá subsistir en Roma, etc. Además, el pintor, narrador en primera persona, nos recupera al Castillo-Puche más confesional, incluso al de sus primeras novelas, *Sin camino* o *Con la muerte al hombro*, cuyos títulos aparecen evocados en las páginas de *Roma, ramera y romera*: ("Recordé el placer de caminar y, aunque caminase con la muerte al hombro, al menos caminaba; lo peor es cuando ya no se puede caminar, y ahora dedicaría todo mi vivir, es decir, mi soñar, y también mi morir, a la pintura…". Y es muy cierto que vuelven a surgir las vivencias autobiográficas de la infancia, las obsesiones religiosas y las confesiones, las divergencias entre la razón y la fe con el eterno conflicto en torno al papel de la Iglesia en el mundo moderno, junto a reflexiones sobre la creación artística y el arte de la pintura, los sueños y las alucinaciones (a las que dedica espléndidas páginas, únicas en la literatura española contemporánea), los procesos internos de reconversión, de obsesión y de locura, la lucha contra la mentira, el truco y la trampa, el gozo de ver y mirar y placer de narrarlo a sus lectores, la grandeza de espíritu y el amor por la libertad.

Pero no sólo sus grandes novelas definen la personalidad literaria de José Luis Castillo-Puche, ya que otras actividades han enriquecido su trayectoria como escritor multiforme y diverso, atento a todo, entusiasmado por el mundo de la escritura sin fronteras, sin límites de géneros, sin barreras que coarten su imparable expresión fluida y llena de vida y de interés intelectual y estético. Habida cuenta de lo señalado, hemos de hacer referencia a dos aspectos de la obra literaria del fecundo autor murciano, menos conocidos, y que tanto hablan de su condición de escritor universal: universal como escritor apreciado y estudiado en el hispanismo internacional; y universal por inquietudes literarias, por ambiciones.

Destaca así su muchas veces olvidada de los críticos y estudiosos y menos tenida en cuenta condición de Castillo-Puche como poeta y como ensayista. Y para recordar al gran poeta que nuestro escritor lleva dentro evoco un sola composición suya, sin duda de actualidad, titulada "Poema de Nueva York", ciudad en la que Castillo-Puche vivió durante algunos años. Es un poema, como todos los que conocemos de Castillo-Puche, muy extenso. Es un poema, sin embargo, de una intensidad sintética destacable. Por tener muchos versos no es un poema diluido en cuanto a contenidos y formas. Un sólo tema, un solo motivo central, es el que al poeta preocupa a la hora de abordar su poema: Nueva York como ciudad y el poeta en ella. Su título es "Poema de Nueva York", pero realmente no es un poema dedicado a la ciudad de Nueva York, sino un poema en el que nos refleja al poeta en Nueva York, al ser vivo, humano, que lucha por su existencia en la gran ciudad norteamericana.

En Castillo-Puche, la representación de la ciudad de Nueva York se constituirá igualmente en un poema existencial, porque lo que, ante todo, procura tal poema es mostrar al poeta perdido en la ciudad, luchando contra ella, sin encontrar otra salida que alcanzar el destino de un despacho numerado, destino existencial sin fundamento trascendente, sin salida, sin futuro. Por eso, en el poema, surgirá un ensueño poético, que nace del fragor del mundo evocado, del mundo urbano lleno de contrarios, de enemigos. Castillo-Puche nos muestra también la gran ciudad como ciudad enemiga, como hicieron grandes poetas siempre recordados: Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Pedro Salinas, Rafael Alberti y José Hierro... y desde luego Jorge Guillén en toda su poesía ética y satírica, hasta llegar a poetas de las últimas generaciones como Luis García Montero. Pero Castillo-Puche es muy diferente, tanto en la conformación de los motivos poéticos, como en la solución final del agobiante mundo que le rodea.

Y del mismo modo, como si de un sector olvidado o menos tenido en cuenta, hay que destacar su labor de ensayista, de periodista, desarrollada en libros como *Memorias íntimas de Aviraneta*, de 1953, *América de cabo a rabo*, de 1959, *Diario íntimo de Alfonso XIII*, de 1959, *El Congo estrena libertad*, de 1961, o *Hemingway entre la vida y la muerte*, de 1968, hasta sus últimos libros publicados en vida, en 1898 *Azorín y Baroja. Dos maestros del 98*, y en 2000 *El rescoldo de lo literario*.

Constituye el primero de estos dos libros una renovada y sentimental aproximación a los dos escritores del 98 que, casualmente, como haría luego el propio Castillo-Puche, llevarían a Yecla a sus novelas. Podemos entonces señalar una espe-

cie de parentesco espiritual entre Castillo-Puche y los dos escritores recordados en esta recopilación de artículos escritos a lo largo de los años: Azorín y Baroja.

Y contamos, además, con un dato del máximo interés: Castillo Puche conoció a los dos escritores recordados, lo que se prueba con una serie de fotografías, que ilustran el libro. Las fotografías nos traen otro personaje indispensable en la biografía castillopucheana, Ernest Hemingway, el Don Ernesto, hispanista y entusiasta espectador taurino. A Don Ernesto, ya premio Nobel, llevó Castillo-Puche a ver a Baroja en su lecho de muerte. El volumen cuenta con una introducción del propio Castillo-Puche y, lógicamente, con dos partes, dedicadas a los dos escritores recordados, tituladas "Azorín, el último de la gran generación", y "Lozanía y modernidad de la novela barojiana", y ambas son profundos y muy valiosos estudios sobre los dos personajes y sobre sus obras. Los dos grandes innovadores de la novela del siglo XX, que en 1902 practicarían la ruptura con la novela tradicional a través de *La voluntad* y *Camino de perfección* respectivamente, son analizados por Castillo-Puche de forma amena y también con profundidad de análisis literario: temas, formas, ideología, cuestiones políticas, todo se mezcla en estos análisis del novelista yeclano que no oculta, en ningún momento, su entusiasmo por lo que estos dos grandes escritores aportaron a nuestra literatura. Y, naturalmente, también está Yecla muy presente en las reflexiones del escritor. Especialmente a la hora de valorar *La voluntad,* como la gran creación de la narrativa azoriniana. Y, cómo no, a la hora de hablar del existencialismo barojiano y de su novela *Camino de perfección*, que también se sitúa en Yecla, convertida en Yécora, luego Hécula en las novelas de Castillo-Puche.

Del libro, sin duda, lo más apetecible y fresco es la introducción escrita ahora por Castillo-Puche recordando a los maestros que fueron sus contertulios. Son estas páginas introductorias absolutamente magistrales, llenas de vida y de entrañable recuerdo de tiempos vividos en el pasado, en una España casi irreconocible, que nos sorprende a los escritores en su habitáculo habitual, en su vida cotidiana, llena de peculiaridades, sobre todo la del anciano Baroja, pero también la de Azorín. Castillo-Puche revive en estas páginas primeras a los dos escritores y los inmortaliza con devoción y con cariño, lo que nos invita a leer un libro que en las páginas siguientes contendrá, como hemos adelantado, reflexiones más profundas, menos anecdóticas, más académicas, aunque salpicadas, aquí y allá, por los detalles vitales, por la conversación transcrita, por la sorpresa de expresiones singulares, que los hacen transitar a los dos por las páginas del volumen con su sabiduría y su valor.

El otro libro, *El rescoldo de lo literario*, que se subtitula *Poso y recuerdo de los maestros que he conocido*, está formado por una recopilación de textos (aludida con las metáforas "poso" y "rescoldo") escogidos por el propio novelista que, en un brevísimo prólogo, nos indica que reúne una serie de ensayos breves sobre aquellos escritores que más ha admirado o más le han influido. Pero el libro se convierte en algo más, como era de esperar en Castillo-Puche. No sólo se trata de una excelente serie de artículos literarios, sino que todos y cada uno de ellos tienen aspecto de

capítulo de libro de memorias, en cuyas páginas se recuperan figuras próximas al escritor yeclano.

A este lector, habida cuenta de lo señalado, el libro le parece absolutamente admirable. Y de una lectura grata que llega a contagiar el entusiasmo por las figuras evocadas. Entusiasmo hacia Dámaso Alonso, el primero y mejor captado física y espiritualmente de todo el libro; hacia Azorín, recuperado en su paisaje natal con Yecla al fondo; hacia Baroja, con el peregrino Aviraneta; y hacia Unamuno, el azote incansable de pensadores, agitador de almas. Dedicación y recuerdo hacia Gabriel Miró, evocado en Orihuela; hacia Carmen Conde, recordada en su extraordinaria fuerza espiritual; hacia Gerardo Diego, entrevisto a través de la vidrieras del Café Gijón de Madrid, como una especie de empleado de banca o de joyero ensimismado. Y también Antonio Buero Vallejo y Federico García Lorca, en su noche neoyorquina. Y Sender, y Cela, y Delibes, y algunos hispanoamericanos (Borges, Sabato, Rulfo, Paz).

El trabajo del escritor se ha extendido en el tiempo y el novelista yeclano ha ido, de tarde en tarde, tomando puntualmente nota de escritores que admira para que sus lectores los sintieran de cerca. Tienen estas crónicas el encanto indudable de su inmediatez, algunas prendidas al momento concreto en que ese artículo apareció en la prensa.

Y añadamos un valor más. Sabemos que Castillo-Puche es uno de los máximos representantes de la llamada "novela del Medio Siglo" y jefe de fila de una de las modalidades narrativas más preocupantes de dicha novelística, caracterizada por el existencialismo y la fuerza confesional. Pues bien, el lector de *El rescoldo de lo literario* tiene la oportunidad de asistir a un interesante proceso de recepción literaria. La fuerza y el valor de un escritor o de una obra literaria dependen mucho del trabajo realizado, en su lectura, por el receptor, y las teorías de la recepción revolucionaron hace unos años el panorama de los estudios literarios. En esta ocasión, tenemos entonces la oportunidad de conocer la recepción de la literatura inmediatamente anterior (o coetánea) por parte de un intelectual de la España de los cincuenta. Pero no un intelectual cualquiera, sino alguien con la pasión y el entusiasmo ("entusiasmos", "diálogos" y "amores", nos dice en novelista) por el fenómeno literario de la fuerza y la calidad de José Luis Castillo-Puche.

En 1989, en la *Historia de la literatura murciana*, escribíamos palabras que hoy mantienen toda su vigencia: "La personalidad más representativa de la novela española actual relacionada con Murcia es, fuera de toda duda, José Luis Castillo-Puche, que, entre los novelistas murcianos, es el único que ha desarrollado una trayectoria de proyección nacional mantenida a lo largo de varias décadas y al mismo tiempo ha dejado en su obra constante referencia de interesante peculiaridad a tierras de nuestra región, muy especialmente a Yecla y su comarca, y a la ciudad de Murcia". Justamente, con Murcia, como ha estudiado en diferentes ocasiones José Belmonte Serrano, Castillo-Puche ha mantenido relación constante, diversa y de resultados literarios más que sorprendentes. Y es que, como señala Belmonte, "su literatura es de las que dejan huella. A nadie después de tener contacto con ella deja impasible."

Gonzalo Sobejano ha resumido el valor de la producción literaria de nuestro autor advirtiendo que los libros todos de Castillo-Puche, pero en especial sus novelas, nos llevan desde el engaño al desengaño; desde el disfraz al desnudo; de la noche siniestra al limpio amanecer, del erial al manantial: buenas son y dignas de memoria, "urbi et orbi", para Murcia y ante el mundo.

La formación literaria del autor, en la que tanta importancia tiene su educación en centros eclesiásticos, la fuerte impresión de la Guerra de España, acaecida en su adolescencia, y un sobrecogedor sentimiento de la muerte, determinarán de manera permanente su personalidad literaria y su condición de novelista variado y multiforme, indagador constante de nuevas formas, procedimientos y técnicas de escritura narrativa, que persiguen, y logran, una novelística singular de gran solidez estructural y superior compromiso con el ser humano, tanto desde el punto de vista individual como social.